

Pablo Escobar: ¿La fortaleza del héroe o el miedo causado por el terrorismo? *

[Reflexión]

Franklin Buitrago Rojas**

Recepción: 20 de julio de 2020
Aprobación: 17 de agosto de 2020

Citar como:

Buitrago Rojas, F. (2021). Pablo Escobar: ¿La fortaleza del héroe o el miedo causado por el terrorismo? *Albertus Magnus, XII*(1).
<https://doi.org/10.15332/25005413.xxxx>



Resumen

Un amplio número de películas y series de televisión en años recientes han generado una popularidad mediática de jefes del narcotráfico como el conocido capo colombiano Pablo Escobar Gaviria. Este artículo, escrito originalmente para un público europeo, propone una reflexión sobre la figura de Escobar a partir de la virtud de la fortaleza. ¿Puede decirse que un hombre con sus características es un modelo heroico de esta virtud cardinal?

Palabras claves: Fortaleza, Virtud, Pablo Escobar

* Artículo de reflexión.

** Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: dec.teologia@usantotomas.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1201-6128>;
CvIac: http://scienti.colciencias.gov.co:8081/cvIac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=000101876; Google académico: https://scholar.google.es/citations?user=LWD_RSsAAAAJ&hl=es

Introducción

Me han pedido que escriba un artículo sobre la virtud de la fortaleza pensando en la figura del conocido narcotraficante colombiano Pablo Escobar. Una tarea poco fácil por varias razones. Las teorías morales funcionan muy bien en abstracto, pero su aplicación se torna más compleja a medida que nos acercamos a las realidades concretas. Las circunstancias, intencionalidades, consecuencias e interpretaciones de las acciones humanas difícilmente son reducibles a oposiciones simples de bueno-malo, justo-injusto, loable-reprochable. Esto, que es verdad al hablar de cualquier personaje histórico, es aún más cierto al tratarse de un hombre que cometió actos abiertamente criminales en contra de muchos pero que, de manera desconcertante, es visto como héroe por otros.

Como colombiano, crecí en un país donde había mucho miedo. En los años '90, en las ciudades de Colombia teníamos miedo de ir a lugares concurridos o asistir a eventos públicos porque existía siempre la amenaza de un atentado terrorista. Entre 1989 y 1993 tuvimos en Bogotá once atentados terroristas, la mayoría producidos con explosivos, que causaron más de 200 muertos y 1100 heridos. La causa de ese miedo tenía nombre propio: Pablo Escobar. Por eso, me resulta paradójico escribir sobre la virtud de la fortaleza pensando en la figura de Escobar porque una de las definiciones de fortaleza es precisamente: capacidad de soportar el *miedo* ante las adversidades (Tomás de Aquino, Suma de Teología II-IIae q. 123 a. 3).

Por otra parte, Pablo Escobar es sólo un caso más de personas que usan su fuerza para atemorizar a otros. Están, por ejemplo, los extremistas musulmanes dispuestos a morir dinamitando un lugar religioso, los soldados americanos que invaden un país extranjero o los guerrilleros que arriesgan su vida buscando desestabilizar un sistema político. ¿Se puede

decir que son personas revestidas de la virtud de la fortaleza? En este artículo quisiera mostrar que una virtud o cualidad humana que no esté armonizada y equilibrada por otras virtudes puede convertirse en un vicio peligroso y destructor: *Corruptio optimi pessima*. Tenía razón Ambrosio de Milán cuando escribía que la fortaleza (o mejor, la fuerza) si no está acompañada de la justicia es materia para la maldad (Ambrosio de Milán, *De officiis*, I. 35).

Pablo Escobar

Pablo Emilio Escobar Gaviria nació en 1949, hijo de una familia campesina residente en Envigado (población cercana a Medellín, Colombia). Desde joven se vinculó con redes de contrabando y negocios ilegales. A finales de los años '70 entró al negocio de producción y comercialización de cocaína y marihuana. Su clima tropical, su ubicación geográfica y la debilidad del estado, hacen de Colombia un lugar propicio para dicho negocio. Con gran inteligencia y atemorizando a sus socios, Escobar se fue apoderando del negocio del narcotráfico y creó el *Cartel de Medellín* que para finales de los '80 controlaba el 75% del mercado ilícito de cocaína en los Estados Unidos. Gracias a la fortuna resultante de dicho negocio, Escobar figuró durante siete años consecutivos como uno de los hombres más ricos del mundo según la revista Forbes (Touryalai, 2015).

A lo largo de su trayectoria, Escobar mostró solidaridad hacia los más pobres de su región natal y sostuvo un discurso crítico frente a las oligarquías tradicionales y la influencia norteamericana en Colombia (Bowden, 2001). Con su inmensa fortuna, construyó las primeras 443 casas del barrio *Medellín sin tugurios* que regaló a las familias más pobres de la ciudad. Este sector cuenta hoy con cerca de 16.000 habitantes y es conocido popularmente como *Barrio Pablo Escobar*; allí llegan turistas del mundo entero a comprar *souvenirs* con fotos e imágenes del capo. Escobar

también se hizo popular construyendo campos de fútbol y distribuyendo dinero, comida y medicinas en los barrios periféricos de Medellín. A esto se debe su imagen de Robin Hood. Sin embargo, para sus críticos estas obras de caridad eran sólo una manera de camuflar y legitimar su inmensa fortuna de origen ilegal. Tampoco se puede olvidar que en estos mismos barrios Escobar reclutaba a sus sicarios, jóvenes dispuestos a morir y matar por las grandes sumas de dinero ofrecidas por el narcotraficante. Por cuenta de estos sicarios, Medellín llegó a ser a comienzos de los años '90 una de las ciudades más violentas del mundo (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017).

El Estado y las élites colombianas no tuvieron problemas con las actividades ilícitas de Escobar mientras se beneficiaron de los millones de dólares producto del narcotráfico. El problema comenzó cuando Escobar quiso entrar en la vida política nacional como miembro del parlamento colombiano. El entonces ministro de justicia, Rodrigo Lara Bonilla, y Enrique Cano, director de un importante periódico bogotano, serían los primeros de una larga lista de políticos, policías, jueces y periodistas asesinados por órdenes de Escobar. Para finales de los años '80, Escobar había declarado una guerra contra el Estado colombiano en la que dinamitó aviones, edificios gubernamentales, edificios públicos e, incluso, llegó a ofrecer recompensas por cada policía asesinado. Se calcula que fue el responsable de más de 4.000 asesinatos (Wallace, 2013).

El inmenso poder económico y militar de Escobar mostró la debilidad del Estado colombiano. Este no hubiera podido ganar la guerra contra el capo sin el apoyo del gobierno de los Estados Unidos y la presión de los grandes enemigos de Escobar en el negocio de la droga: el *Cartel de Cali*. El nivel de horror y sadismo alcanzado por el narcoterrorismo explican por qué la gran mayoría de los colombianos celebraron como un triunfo el asesinato de Escobar en una operación policial el 2 de diciembre de 1993. La

persecución del narcotraficante por los tejados de un barrio de clase media fue seguida por los medios de comunicación y su cadáver rodeado de policías fue fotografiado como un trofeo de caza.

Sin embargo, muchas familias pobres de Medellín no se alegraron sino que lloraron la pérdida de aquel que consideraban su gran benefactor y culparon de su muerte a las oligarquías tradicionales y a los *gringos*. La policía tuvo que intervenir para evitar disturbios ocasionados por los miles de asistentes a su funeral. Pero no solo ellos conservaron la memoria de su héroe. En los últimos años, por lo menos cinco películas, diez series y telenovelas, dieciocho documentales y numerosos libros han venido resucitando la memoria de Escobar convirtiéndolo en ícono de causas y reivindicaciones sociales de diferente índole. Para muchos colombianos que crecimos viendo en Escobar al mayor enemigo de nuestra nación y cargando con la vergüenza de ser estigmatizados como un pueblo de narcotraficantes, es extraño y lamentable que Escobar siga siendo tan popular en muchos lugares del planeta.

Héroes y relatos

Los teóricos contemporáneos de las virtudes han redescubierto la centralidad de los relatos para transmitir las cualidades que un grupo o pueblo consideran admirables, valiosas y útiles (McIntyre, 1981). Los héroes de cada pueblo, los santos de cada religión y los próceres de cada nación encarnan virtudes y valores que son revividos y exaltados en narraciones, tradiciones y celebraciones de diversa índole. Para muchos analistas, ese es uno de los factores que más preocupan cuando los medios de comunicación fabrican héroes a partir de visiones parciales y con fines netamente comerciales. El fenómeno del narcotráfico y las dolorosas páginas que este ha escrito en nuestra historia sigue siendo muy poco estudiado en las escuelas y universidades de Colombia. La principal fuente

de información sobre Escobar, dentro y fuera de Colombia, son las series de televisión y de Netflix. "En una telenovela lo que prima no es el rigor histórico sino el *rating*. Se trata de convertir esto en un producto comercial, que tiene que divertir. Y cuando el crimen divierte se banaliza" (Wallace, 2013).

Mientras que en centros educativos y otras instituciones se busca inculcar valores como el respeto a la vida, la honestidad, el valor del trabajo, la democracia y la participación ciudadana, la paz y la reconciliación, estas producciones televisivas y cinematográficas convierten en héroes admirables y dignos de imitación a personajes que encarnan todo lo contrario. No se trata solamente del jefe narcotraficante. Está también el adolescente que se dedica al sicariato, la joven que centra toda su vida en la belleza física para complacer al narcotraficante, el hombre que arriesga su vida por transportar y comerciar drogas ilegales, el político y el policía corruptos: personajes de una misma trama cuyo argumento central es progresar y hacerse rico a partir de la corrupción, la trampa y la ilegalidad. Esos "modelos morales" que se difunden con fines de entretenimiento y lucro sólo siguen deteriorando el tejido social y moral de nuevas generaciones.

En edición

¿Quién es el fuerte?

En un ambiente de ambigüedad moral y de relatos contradictorios, la reflexión ética puede ayudarnos a encontrar elementos de análisis y discernimiento. En la figura de Escobar como un Robin Hood colombiano dos rasgos parecen admirarse y exaltarse: hacer justicia a los más necesitados y tener la fuerza para oponerse de manera eficaz a una estructura estatal y social opresora. Me centraré en la dimensión de la fuerza buscando leerla desde la virtud moral de la fortaleza.

Aristóteles y Tomás de Aquino llaman *fuerte* a aquel que es capaz de resistir ante las dificultades o combatir por causa del bien (Tomás de Aquino, Summa Theologica, II-IIae q. 123 a. 3). La fortaleza se identificaba originalmente con la fortaleza física admirada en los guerreros, pero luego el uso del término se fue ampliando para designar la fortaleza moral. El fuerte puede resistir y vencer las adversidades porque está dotado de perseverancia y constancia para obrar con firmeza.

Joseph Pieper explica que, si la fortaleza consiste en resistir y combatir por el bien, esto significa conocer antes qué es el bien (Pieper, 1980). Por eso, para conocer el bien y orientar hacia él su voluntad el fuerte debe poseer otras dos virtudes: la prudencia (o sabiduría en el obrar) y la justicia. La prudencia le permite discernir lo bueno de lo malo y evita que diferentes pasiones enceguezcan su valoración de las cosas. La justicia, por su parte, le lleva a buscar la equidad. Así, la fortaleza no puede ser considerada como virtud sino en la medida en que se deriva de una reflexión moral. Se puede desplegar energía, mostrar una gran valentía o ejecutar un esfuerzo extraordinario sin que ello signifique una virtud. Algunos pueden arriesgar mucho buscando placeres vanos. Tampoco el hecho de que una proeza sea admirada por muchas personas significa que se trate de un acto virtuoso.

El fuerte debe tener una valoración justa de las cosas que arriesga y de las cosas que busca proteger y alcanzar (Pieper, 1980). Sin la orientación que brinda una razón recta, la fortaleza puede convertirse en un ejercicio de brutalidad. El fuerte necesita sabiduría para distinguir los bienes mayores de los bienes menores y los males mayores de los males menores (Tomás de Aquino, Summa Theologica, II-IIae q. 123 a. 3). Sólo así los bienes por los que lucha serán auténticos y realmente valiosos.

Estos elementos de filosofía moral pueden ayudarnos a sopesar mejor una figura como Pablo Escobar. Sus acciones costaron miles de vidas,

sufrimiento, cadenas de violencia y deterioro social. Bienes muy grandes que no fueron tomados en consideración. Algunos podrían señalar que hizo todo ello para ayudar a miles de familias en los barrios pobres de Medellín. Después de todo, Escobar es producto de una sociedad marcada históricamente por la injusticia y la ausencia de garantías legales donde termina imponiéndose la ley del más fuerte. Sin embargo, la ayuda a los más pobres no era el principal objetivo de las acciones del capo. Primaban en sus motivaciones el enriquecimiento, prestigio personal, mostrarse superior a sus enemigos y rivales, llevar a cabo sus planes e imponer su voluntad de manera inexorable. Escobar era sin duda un hombre fuerte, tanto por su propio temperamento como por todos los medios económicos y armamentísticos que poseía, pero no podría considerarse un hombre virtuoso.

Resistir en el bien

La fortaleza implica algunas veces resistir ante el mal y otras actuar para defender el bien. Sin embargo, como explica Tomás de Aquino, se requiere mayor fortaleza para resistir en el bien que para defenderse atacando al enemigo. El que ataca puede hacerlo porque se siente más fuerte que su oponente. En cambio, el que resiste se ubica en una situación de mayor vulnerabilidad. Además, el resistir implica mayor duración en el tiempo, mientras que el ataque puede darse por un movimiento repentino (II-IIae q. 123 a. 6, resp. 1). Pieper afirma que esta idea del Aquinate resulta extraña para la mentalidad contemporánea. Creemos que el más fuerte es el que ataca y vence, pero nos cuesta entender que resistir o ser paciente signifique algo más que pura pasividad. La verdad es que resistir en el bien requiere convicción y perseverancia (Pieper, 1980, pp. 200-201). En las películas y series televisivas sobre narcotraficantes, estos aparecen por lo general como los más fuertes: fuertes por su carácter, su aspecto físico y

sus armas. Sin embargo, creo que en la vida real han sido mucho más digna de admiración la fortaleza de miles de familias que supieron sobreponerse a las consecuencias del narcoterrorismo, la resiliencia de muchas víctimas, la honestidad de policías y jueces que no se dejaron corromper por el dinero de la droga. Resistir en el bien: ese es el mayor testimonio de fortaleza.

En este sentido podemos hacer eco de un texto del Evangelio: *Mirad, yo os envío como ovejas en medio de lobos* (Mt 10,16). La fortaleza que nos propone Jesucristo no agrede pero tiene la osadía de poner la otra mejilla para interpelar al agresor. Es la fuerza de los que están dispuestos a perder la vida por la causa del Evangelio. Ese tipo de fortaleza que consiste en resistir en el bien es la que deberíamos admirar y promover si queremos un mundo diferente.¹

Los autores que han reflexionado sobre la fortaleza han visto la necesidad de distinguir dicha virtud del movimiento espontáneo que surge de la ira (Corso de Estrada, 2008, p.289). El acto principal de la fortaleza no consiste en airarse sino en enfrentar y resistir. Es verdad que la acción del fuerte puede valerse en ocasiones de la ira (por ejemplo ante la injusticia) para llenarse de ímpetu y actuar, pero el fuerte también es capaz de enfrentar y resistir el mal sin necesidad de sentir ira. Su ímpetu nace de distinguir racionalmente entre el bien y el mal.

Resulta interesante el siguiente comentario de Aristóteles distinguiendo la fortaleza del *furor* con el que obran algunos animales, por ejemplo, lanzándose contra quienes los han herido: “Pues bien, los valientes obran por el bien y el ímpetu colabora con ellos, pero los animales lo hacen por

¹ El acto más característico y valioso de la fortaleza es afrontar sin temor desmedido el peligro de la muerte por causa del bien. Para el cristiano, el martirio es la mayor acción que puede generar la virtud de la fortaleza. El cristiano soporta el temor de la muerte por motivo de la fe, esperanza y caridad. (Tomás de Aquino, Summa Theologica, II-IIae q. 124 a. 3).

dolor, por el hecho de ser golpeados o por tener miedo, puesto que si se encuentran en un bosque no se acercan. Por consiguiente, no son valientes, ya que se lanzan al peligro conducidos por el dolor y la rabia, y sin prever ninguno de los peligros, pues, en ese caso, hasta los asnos se dirían valientes cuando tienen hambre: aunque se los golpee, no se apartan de su comida. Igualmente los adúlteros realizan muchas acciones osadas por causa de su lascivia (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro III, 1117^a). Cabría preguntarse si las reacciones airadas e impetuosas de los protagonistas de muchas películas y series de televisión ¿se asemejan a la virtud fortaleza o reflejan el ímpetu instintivo de los animales del que habla Aristóteles? ¿Qué clase de acciones morales se exalta con mayor frecuencia en nuestras sociedades?

En este mismo sentido, Tomás de Aquino afirma que “algunos pueden realizar actos semejantes a la fortaleza pero movidos por pasiones como la tristeza o la ira, o bien movidos por el deseo de conseguir un beneficio temporal como el honor, el placer, la riqueza o evitar un mal como el vituperio, la aflicción o el daño. La virtud de la fortaleza en cambio implica una elección movida por la razón” (Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae q. 123 a. 1, resp. 2). El modelo de ser humano fuerte que Aristóteles y Tomás tienen en mente no es el guerrero o el aventurero, el líder insensible o el dirigente capaz de intimidar a otros. El fuerte por excelencia es el sabio que reconoce cuáles son los bienes por los que vale la pena arriesgarlo todo y persevera en la búsqueda de esos bienes.

Fortaleza y magnanimidad

La fortaleza está conectada con esa cualidad que los antiguos llamaban *magnanimidad*, es decir, con la búsqueda de grandeza o excelencia en todo lo que se hace. El magnánimo debe ser fuerte para no desanimarse frente a las dificultades que se encuentran para lograr lo moralmente

grande y óptimo. Gracias a la fortaleza, el magnánimo no se contenta con la vanagloria, ni se conforma con bienes menores, ni se deja llevar por la desesperación, sino que muestra la confianza y seguridad necesarias para toda obra grande. La fortaleza de ánimo permite ver con humildad las propias dificultades sin desanimarse y brinda confianza, paciencia y perseverancia para lograr la excelencia en la búsqueda del bien (II-IIae q. 128, artículo único).

Para algunos analistas, uno de los grandes problemas que el narcotráfico le deja a muchas naciones, y especialmente a las generaciones más jóvenes, es reemplazar los valores que llevan a buscar el progreso mediante el trabajo y el esfuerzo por una búsqueda de dinero fácil, lujos y placeres aún a costa de una vida corta y una muerte violenta. Es lo que se ha llamado la *cultura narco*: una forma de vida caracterizada por la búsqueda de notoriedad, lujo y derroche a partir de actividades ilegales. La cultura narco tiene una ética y una estética propias cuyo mayor vehículo de difusión son las películas y series que muestran a los capos como héroes. Creo que esta, mal llamada, *cultura narco* está en las antípodas de las virtudes de fortaleza y magnanimidad, aunque sus protagonistas hagan alarde de su fuerza.

Comentando un texto de Aristóteles, Tomás de Aquino sostiene que morir o padecer “por huir de la pobreza, por la codicia o avidez de algo que no puede tener, o por cualquier situación que le suscite dolor, no pertenece al fuerte, sino más bien al tímido o medroso. Primero, porque no puede sobrellevar lo trabajoso y adverso (...) Segundo porque no se sobrelleva la muerte en razón de un bien honesto, sino huyendo de un mal capaz de amenazarlo” (Tomás de Aquino, Comentario a la Ética a Nicómaco, Libro III, Lección XV, 369). Una descripción que bien parece reflejar la actitud de muchos jóvenes de barrios como *Medellín sin tugurios* que terminaron asesinados o encarcelados por enrolarse en actividades ilícitas buscando

huir de la pobreza. ¿Vale la pena arriesgar la propia vida por la riqueza y la fortuna? Ese es el dilema al que se enfrentan muchos jóvenes de esos medios sociales.

Frente a este dilema vale la pena recordar a Cicerón quien, inspirándose en la sabiduría estoica, afirmaba que el alma del fuerte se reconoce por su menosprecio de las cosas externas, es decir de las riquezas y el placer. Es propio del fuerte soportar las cosas adversas sin apartarse de la dignidad del sabio (Marco Tulio Cicerón, *De officiis*, I, 20, 66-67). Por su parte, el Aquinate afirma que el magnánimo sabe servirse de los *bienes de fortuna* como las riquezas, el poder o los amigos, para hacer el bien. Pero, ni se entusiasma con ellos cuando los tiene ni se desanima cuando los pierde (Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae q. 129, a. 8, sol.). No los considera grandes bienes hasta el punto de hacer por ellos algo indebido. Por eso, así como la fortaleza necesita ser orientada por la prudencia y la justicia para buscar lo bueno, también necesita la moderación en la búsqueda de placeres que otorga la virtud de la templanza (II-IIae q. 123 a. 12 sol). Sólo de esta manera el fuerte podrá reconocer los bienes por los que vale la pena luchar sin dejarse llevar por el afán de placer o el miedo al dolor.

Hablemos por último de la fortaleza ante el peligro de muerte. Cuentan los familiares de Pablo escobar que él, al igual que muchos integrantes de la mafia, era consciente de que su estilo de vida conllevaba el riesgo de morir de forma violenta. "Pablo alguna vez nos lo había advertido: los mafiosos morían jóvenes y que nunca morían de muerte natural", recuerda Luz María, una de sus hermanas. También solía decir que prefería una tumba en Colombia antes que una celda en Estados Unidos. Esa actitud ante la muerte ¿constituye una expresión eminente de valentía y fortaleza?

Tomás de Aquino veía en el martirio la expresión más grande de fortaleza. Claro, entendía el martirio como el resistir en el bien, propio de los santos animados por la virtud teologal de la esperanza y por el “hambre y sed de justicia” del que hablan las bienaventuranzas (II-IIae q. 139, a. 2). El Aquinate distinguía la fortaleza de ánimo propia del mártir de la pasión nacida de la insensatez que llamaba *audacia* (II-IIae q. 127 a. 1 y a. 2). El audaz no es movido por la razón sino por una pasión que lo enceguece. Curiosamente, el audaz que se entrega a la muerte puede estar movido no por la virtud de la fortaleza sino por la pasión del miedo. Buscar la muerte para escapar de una pena o un castigo no es propio de alguien fuerte sino de alguien atemorizado. “Hay alguno que no es verdaderamente audaz, sino que lo parece, es decir, que es arrogante o se pavonea porque finge ser fuerte. Por eso, como el hombre fuerte o audaz se comporta ante lo terrible, así el arrogante busca aparentarlo. Muchos de los que parecen fuertes o audaces, son temerosos” (Tomás de Aquino, Comentario a la Ética a Nicómaco, Libro III, Lección XV, 366). Una vez más, las distinciones hechas por Tomás nos llevan a preguntarnos si lo que algunos llaman valentía es realmente una cualidad humana o si no consiste más bien en una expresión exacerbada de miedo.

La fortaleza para el futuro

He afirmado que el verdadero ejemplo de fortaleza no estaría en la figura de Pablo Escobar sino en la resiliencia y el valor de muchos colombianos para enfrentarse al miedo y sobreponerse a décadas de narcoterrorismo. Pero también debo reconocer que las huellas del Jefe del *Cartel de Medellín* se siguen sintiendo en nuestra sociedad. La violencia y el terrorismo, formas distorsionadas de la fuerza humana, se repiten en cadenas de venganza y retaliación que pasan de un grupo armado a otro. La producción y el tráfico de drogas ilícitas es un problema que envuelve

hoy no solo a colombianos sino a amplias regiones del planeta corrompiendo estados y economías.

Se necesitan hombres y mujeres fuertes, capaces de resistir la presión del dinero fácil, el consumismo y la ilegalidad, especialmente en ambientes marcados por el miedo y la falta de oportunidades. Es común disfrazar el miedo o el resentimiento con una falsa apariencia de fuerza para intimidar, protegerse y no ser atacado. Por eso, es tan importante la tarea de distinguir la verdadera fortaleza de esa fuerza mal encaminada que solo genera miedo y violencia. En esta tarea nos guían la sabiduría moral y a los buenos ejemplos heredados de nuestras tradiciones filosóficas, religiosas y culturales. Necesitamos de esos relatos para imaginar e inspirar modos alternativos de vida.

Referencias bibliográficas

- Ambrosio de Milán (2015) Los deberes. Col. Biblioteca de Patrística. Madrid: Ciudad Nueva.
- Aranguren Echevarría J. (2000) Resistir en el bien. Razones de la virtud de la fortaleza en Santo Tomás de Aquino, Pamplona: EUNSA.
- Aristóteles (2001) Ética a Nicómaco. (trad. José Luis Calvo Martínez). Madrid: Alianza Editorial:
- Bowden M. (2001) Killing Pablo: The Hunt for the World's Greatest Outlaw. Atlantic Monthly Press: New York.
- Buitrago Rojas F. (ed.) (2020) La recuperación de la doctrina de la virtud en la teología contemporánea. Bogotá: Ediciones USTA.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2017) Medellín: memorias de una guerra urbana. Bogotá: CNMH- Corporación Región - Ministerio del Interior - Alcaldía de Medellín - Universidad EAFIT - Universidad de Antioquia
- Cicerón M.T. (1999) Los oficios. (trad. Manuel de Valbuena) Madrid: Espasa-Calpe.

- Corso de Estrada L. (2008) *Naturaleza y vida moral*. Marco Tulio Cicerón y Tomás de Aquino. Pamplona: EUNSA.
- Giraldo Luque S. (ed.) (2018) *¿Por qué amamos a Pablo Escobar? Cómo Netflix revivió al narcotraficante más famoso del mundo*. Barcelona: Ed. UOC.
- McIntyre A. (1981) *After Virtue. A Study in Moral Theory*. Notre Dame. University of Notre Dame Press.
- Martin G. (2012) *Medellín: tragedia y resurrección: mafia, ciudad y Estado 1975-2012*. Bogotá: Planeta
- Noble H.D. (1949) *Notes explicatives – Renseignements techniques*. En : Saint-Thomas d' Aquin, *Somme Théologique*. La Force 2a-2ae, Questions 123-140, Paris : Editions de la Revue des Jeunes, p. 283-306.
- Pieper J. (1980) *Las virtudes fundamentales*. Trad: Manuel Garrido. Madrid: Rialp
- Salazar A. (2001) *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*. Bogotá: Planeta.
- Tomás de Aquino (2009) *Suma de Teología IV. Parte II-II (b)*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos
- Tomás de Aquino (2000) *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*. Trad. Ana Mallea. Pamplona: EUNSA
- Touryalai H. (2015) *Watching Netflix's Narcos? Here's Pablo Escobar In Forbes' First-Ever Billionaire Issue In 1987*. En: Revista Forbes.
<https://www.forbes.com/sites/halahtouryalai/2015/09/15/watching-netflixs-narcos-heres-pablo-escobar-in-forbes-first-ever-billionaire-issue-in-1987/#24a5c1964369>
- Wallace A. (2013) *La relación bipolar de Colombia con Pablo Escobar* BBC Mundo, Medellín (@bbc_wallace) 2 diciembre 2013. En:
https://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/12/131129_colombia_pablo_escobar_aniversario_relacion_amor_odio_aw